

Juventud, violencia y drogas

¿una triada inseparable?

Celmira Bentura Alonso

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

ALONSO, C. B. Juventud, violencia y drogas: ¿una triada inseparable?. In: COSTA, L. C., NOGUEIRA, V. M. R., and SILVA, V. R., orgs. *A política social na América do Sul: perspectivas e desafios no século XXI* [online]. Ponta Grossa: Editora UEPG, 2013, pp. 233-246. ISBN 978-85-7798-231-8. Available from: doi: [10.7476/9788577982318.0011](https://doi.org/10.7476/9788577982318.0011). Also available in ePUB from: <http://books.scielo.org/id/rfv9p/epub/costa-9788577982318.epub>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).



Juventud, violencia y drogas: ¿una triada inseparable?

Celmira Bentura Alonso

Las imágenes respecto a la violencia y las drogas son frecuentemente asociadas con las de juventud, pero no a cualquier juventud, sugerimos primero al lector que piense lo que se les representa con la palabra juventud, imaginamos que además de pensar en elementos referidos a la edad y que, seguramente, no coinciden entre todos nosotros (pensamos que cuanto más edad tenemos, el joven en que pensamos puede tener más edad) seguramente se nos representan elementos como belleza, esbeltez, agilidad, alegría, salud, alguien vistiendo a la moda, despreocupado, etc.

Ahora agreguen a continuación la palabra **violencia**, apostamos que la imagen de joven que teníamos cambió, estamos pensando ahora en otro joven, este otro pertenece a otro lugar en el espacio social y además estamos seguros que la mayoría pensó en un varón. Así, no es necesario pedirles que piensen en la palabra **drogas**, creo que ya todos la asociaron. Estamos acostumbrados a encontrar estas tres palabras asociadas y las tres juntas nos conducen a pensar en sectores de clase y también en cuestiones de género, entre otras, que implicamos sin darnos cuenta.

En la actualidad, podemos distinguir como veíamos una amplitud de ideas respecto a la juventud, entre los que se diferencia dos extremos, una exacerbación del valor de la juventud, en que parece ser, que el ser joven es un valor en sí mismo, “todo lo juvenil es bueno”, con un fuerte peso de la imagen en los medios de comunicación, hoy es prestigioso ser joven. La estética dominante presenta el cuerpo joven como modelo deseable para todos,

sus características principales son la esbeltez, la blancura, la aptitud atlética y patrones de belleza en los que predomina lo blanco y europeo. Está implícito un proceso de expropiación simbólica: la descalificación social de los valores estéticos, históricos o culturales de los sectores dominados. (MARGULIS, 2001, p.51).

Por otro lado, tenemos un sector de clase profundamente estigmatizado por una doble condición, su lugar en el espacio social, son pobres, y el ser jóvenes que en este caso, opera como un elemento negativo que aporta a la idea de peligrosidad. En el otro extremo, se tiende a patologizar a la juventud, se les coloca como una permanente amenaza para el orden y la paz social.

Se tiende a identificar desde el discurso dominante a los jóvenes pobres con inseguridad y delincuencia y esto, es frecuentemente asociado a la idea del consumo de drogas. “Así, con mayor o menor fuerza, estas dos “marcas” operan como designadores rígidos de los sujetos que la portan, Jóvenes y pobres son, en consecuencia, objeto de estigmatización permanente.” (FILARDO et al., 2007, p.13).

En la actualidad, estamos presenciando un fuerte debate en torno a bajar la edad de imputabilidad, de 18 años a 16 años, debate que evidencia con claridad esta mirada fuertemente estigmatizada de la población joven de los sectores más pobres.¹

No es que no exista el fenómeno de la delincuencia en estos sectores, no la estamos negando, lo que ocurre a nuestro juicio es que se está magnificando, se generaliza una mirada sobre determinados jóvenes en una visión estigmatizada y a la hora de comprender el fenómeno se lo analiza de forma auto referenciada, esto es descontextualizado de los factores que lo determinan.

Esta lógica genera visiones rígidas y que a nuestro entender, terminan culpabilizando fundamentalmente a la familia de esos jóvenes, entendiendo que no lograron educar a sus hijos como corresponde sin poder ver el fenómeno en todas sus dimensiones, y por tanto, no comprendiéndolo. Desde esta perspectiva, no se consigue tampoco encontrar una solución al problema, solución que creemos posiblemente no se alcance, si no se modifican los aspectos estructurales que determinan la presencia del problema y la mirada respecto al mismo.

¿juventud o juventudes?

La noción de juventud se presenta como una categoría vinculada con la edad por lo cual su significado y características podrían encontrarse en las ciencias biológicas, sin embargo, la idea de juventud es sumamente ambigua y cambiante en relación a momentos históricos, culturas, clases sociales, género.

Se la entiende como

[...] esa fase de la vida individual comprendida entre la pubertad fisiológica (una condición natural) y el reconocimiento del estatus de adulto (una condición cultural), la juventud ha sido vista como una condición universal, una base del desarrollo humano que se encontraría en todas las sociedades y momentos históricos. (FEIXA, 1999, p.16).

¹ Las cifras muestran que en Uruguay solo un 5% de los delitos son cometidos por menores de 18 años según las fuentes oficiales.

Si seguimos en forma lineal esta idea, la existencia de la juventud, así como sus características conflictivas estarían determinadas por la naturaleza humana y por tanto serían una etapa inevitable del desarrollo de las personas.

Estas ideas fueron formuladas por primera vez en 1904, por Stanley Hall (FEIXA, 1999) en Estados Unidos, él caracterizaba esta etapa de la vida como de “tempestad y estímulo” que por tener una base biológica, se trataba de un estadio inevitable y que por estar dominada por el instinto era necesario un periodo de tiempo en el cual los jóvenes debían ser tolerados dejando que “los jóvenes sean jóvenes”, ya que se encuentran en un periodo entre el “salvajismo y la civilización”.

Del punto de vista antropológico, la juventud es una construcción cultural socio histórica, esto es, determinada por el lugar y momento histórico y sus condicionantes sociales que lo caracterizan. De esta manera, cada cultura va a construir (o no) las formas de transición de la infancia a la adultez. Si bien existen manifestaciones que son de origen biológico, lo que se analiza es la forma en que estos cambios son percibidos por la sociedad, el significado que se le asigna a la juventud están relacionados a los valores asociados a esta edad y los ritos que marcan los límites. Es por esto, que no en todas las sociedades está presente la idea de juventud y en el caso de estarlo no tiene el mismo significado.

La juventud es una condición relacional, está determinada por la interacción social, cuya materia básica es la edad procesada por la cultura. (MARGULIS, 2001, p.45).

En este sentido, plantea Bourdieu (apud DUARTE, 2000, p.61)

[...] la juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente entre jóvenes y viejos [...]. La edad es un dato manipulado y manipulable, muestra que el hecho de hablar de los jóvenes como una unidad social, de un grupo construido, que posee intereses comunes, y referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye en sí una manipulación evidente.

Para que exista la idea de juventud deben existir **condiciones sociales** que los distingan de otro grupo de edad y también deben estar presentes **imágenes culturales** como valores, atributos y ritos asociados a ellos.

Feixa (1999), desde esta mirada y a partir de un recorrido histórico, distingue cinco modelos de juventud que se corresponden también a diferentes tipos de sociedad: 1) Los púberes de las sociedades primitivas, 2) los efebos de los Estados antiguos, 3) los mozos de las sociedades campesinas preindustriales, 4) los muchachos de la primera industrialización y 5) los jóvenes de las modernas sociedades posindustriales.

- 1) Los púberes:** En las sociedades primitivas (sociedades sin Estado), no es posible distinguir un único modelo de ciclo vital, se observa una gran heterogeneidad pero en general comparten es “el valor otorgado a la pubertad como linde fundamental en el curso de la vida, básico para la reproducción de la sociedad en su conjunto” (FEIXA, 1999, p.20). En los varones significa la posibilidad de convertirse en agentes productivos y en las mujeres agentes reproductivos, ambos procesos esenciales para la reproducción del grupo. Es por esto, que es muy común que existan rituales de iniciación o de pasaje, pero en estos rituales y en qué momento de la vida están colocados, existe una gran diversidad que depende de varios factores como la forma de subsistencia, las organizaciones sociales y políticas, etc.
“En general, puede afirmarse que a mayor complejidad económica y política mayores serán las posibilidades de una etapa de moratoria social² equivalente estructuralmente a nuestra juventud.” (FEIXA, 1999, p.21). Pero en la mayor parte de las sociedades primitivas no existe un período largo de transición previo a la inserción social plena, ni tampoco imágenes culturales que distingan este grupo de edad de otros.

Los sistemas de edad sirven a menudo para legitimar un desigual acceso a los recursos, a las tareas productivas, al mercado matrimonial, a los cargos políticos. Podríamos interpretarlo como categorías de tránsito formalizadas, equivalente estructuralmente a nuestra juventud, ritualizadas mediante ceremonias de iniciación, cuya función es legitimar la jerarquización social entre las edades, inhibiendo el desarrollo de un conflicto abierto (pues los jóvenes acaban siendo adultos) y asegurando la sujeción de los menores a pautas sociales establecidas. (FEIXA, 1999, p.26).

- 2) Efebos:** la efebía (instituciones para la educación de los jóvenes) apareció en Atenas en el siglo V a.C.

El termino Efebo significa etimológicamente “el que ha llegado a la pubertad”, pero además de referirse a un fenómeno fisiológico tenía un sentido jurídico. La celebración y reconocimiento público del fin de la infancia abría un periodo obligatorio de noviciado social – la efebía- en el marco de las instituciones militares atenienses [...] (pag 27).

En estas instituciones se preparaba a los jóvenes no sólo para la guerra si no también se incluía formación moral.

² La noción de moratoria social alude a un plazo concedido a cierta clase de jóvenes, que les permite gozar de una menor exigencia mientras completan su instrucción y alcanzan su madurez social y económica.

En esta época la juventud se convierte en una edad privilegiada. Lo que ocurre en esta sociedad es la emergencia del poder estatal y vinculado a esto, procesos de jerarquización social, una división del trabajo más estratificada y procesos de urbanización, así posibilita el surgimiento de un grupo de edad al que no se le reconocen los derechos en forma plena y permite que se dediquen a tareas educativas y militares. Es posible, fundamentalmente, por la generación de excedente económico que deja afuera un grupo de población y sumado a la mayor complejidad social permite que los jóvenes dediquen un periodo a su formación.

La efebía con el tiempo fue perdiendo su carácter militar y adquiriendo mayor relevancia su carácter educativo fundamentalmente en los jóvenes de las elites para su refinamiento en su estilo de vida elegante. Este modelo excluye a las mujeres y a los jóvenes plebeyos o esclavos.

- 3) **Mozos:** en la Europa medieval y moderna (el Antiguo Régimen) no se puede identificar una fase de la vida equivalente a la actual juventud. Philippe Ariès (FEIXA, 1999, p.32) plantea

En nuestra vieja sociedad tradicional se representaba a duras penas la infancia y todavía peor la adolescencia. La duración de la infancia se reducía a su periodo más frágil, cuando el pequeño no se bastaba por sí solo; entonces el niño, apenas físicamente espabilado, era mezclado lo más pronto posible con los adultos, compartía sus trabajos y sus juegos, sin pasar por las etapas de la juventud, que quizá existían antes de la Edad Media y que se han convertido en aspectos esenciales de las sociedades evolucionadas de hoy.

Lo que se observa en aquella época, tal cual describe Ariès, es una gran precocidad en la inserción a la vida adulta, desde muy chicos, 6 ó 7 años, los niños y niñas eran ofrecidos como aprendices a otras familias en las cuales realizaban las tareas domésticas, oficios o lo que la familia desarrollara como forma de supervivencia. Aprendían en el contacto directo con el adulto. “La transmisión cultural, en una sociedad sin escuelas, se da en primer lugar en el trabajo en común[...].” (FEIXA, 1999, p.34).

Esta práctica no sólo se realizaba en el campesinado sino también entre los comerciantes y también en la nobleza. No existía entonces la distinción entre grupos de edad tal cual conocemos hoy.

- 4) **Muchachos:** Si bien la revolución industrial es un elemento determinante para el surgimiento de la idea de juventud, la juventud conceptualmente no aparece hasta los orígenes del siglo XX, ocurre un proceso cuyo origen se da en la transición del feudalismo al capitalismo fundamentalmente por las transformaciones que se observan en

diferentes instituciones como **la familia**, el modelo de aprendices va perdiéndose y la familia va adquiriendo cada vez más responsabilidades respecto al cuidado de sus hijos, esto genera a su vez una prolongación de la dependencia.

“Con la industrialización, los procesos de urbanización y nuclearización se consolidan estas tendencias. Por supuesto, estos cambios afectan primero a la burguesía y sólo más tarde se van extendiendo a otras clases.” (FEIXA, 1999, p.36).

La segunda institución cuyas transformaciones son determinantes para el surgimiento de la juventud, es **la escuela**, en el sentido que deja de estar reservada para sectores privilegiados y comienza a extender sus dominios llegando cada vez a más población.

La nueva escuela responde a un nuevo deseo de rigor moral: el de aislar por un tiempo a los jóvenes del mundo adulto. Se empieza a clasificar a los alumnos por edades y el régimen disciplinario se hace cada vez más rígido. (FEIXA, 1999, p.37).

La tercera institución es el **ejercito** a partir de la Revolución Francesa surge el servicio militar obligatorio, esto separa a los varones de su comunidad de origen y conviven con otros jóvenes de su edad, ofreciendo condiciones para que surja una conciencia generacional, además la leva va generando elementos culturales propios en la que se asocian fiestas, lenguaje, costumbres sexuales, etc. “También surge la noción de que el servicio militar sirve para hacerse hombres y que sólo al retorno del mismo pueden los muchachos pensar en casarse y fundar una familia.” (ARIÈS apud FEIXA, 1999, p.38). El cuarto elemento que se transforma es el **mundo laboral**, en este terreno ocurren transformaciones más complejas, en la primera industrialización el trabajo infantil era aún importante, fue recién en la segunda revolución industrial la que desplazó no sólo a los niños si no también a los jóvenes, además debido a sus avances técnicos requirió de mano de obra más especializada, lo cual impuso la necesidad de una mayor formación tanto para los obreros como para los jóvenes burgueses. De esta manera, los muchachos y muchachas fueron expulsados del mundo del trabajo y conducidos o a la escuela o la calle (KENISTON apud FEIXA, 1999).

Es así, que a finales del siglo XIX se sientan las bases y se produce el descubrimiento de la adolescencia. Durante la primera mitad del siglo XX, “era de la adolescencia” para Gillis (FEIXA, 1999) este concepto que había sido reservado para los varones burgueses se extiende

a todos. En este momento la escuela secundaria se universaliza, los jóvenes no tienen un lugar en el mercado laboral, surgen las primeras asociaciones juveniles vinculadas al tiempo libre como los boys scouts, y se extienden las teorías psicológicas y sociológicas sobre la inestabilidad y vulnerabilidad de esta etapa de la vida (similares a las de Hall) justificando la necesidad de la separación de los jóvenes del mundo adulto. Sin embargo, la idea de adolescencia se muestra ambigua, presentándose básicamente dos modelos que definen la imagen cultural de la juventud en esa época: la del conformista y la del delincuente.

Se trataba según Gillis³, de dos reacciones de signo opuesto que el descubrimiento de la adolescencia estaba originando: conformismo entre los muchachos burgueses, delincuencia entre los proletarios. Mientras para los primeros, la juventud representaba un período de moratoria social marcada por el aprendizaje escolar y el ocio, para los segundos, representaba a menudo su expulsión del mundo laboral y el ocio forzoso. En ambos casos supuso una pérdida de autonomía que no siempre fue aceptada pasivamente. (FEIXA, 1999, p.39).

5) Jóvenes: en la segunda mitad del siglo XX es donde se puede presenciar la irrupción de la juventud como actor protagonista en la escena pública,

empezó a tener éxito el culto al joven y la juventud se convirtió en la edad de moda. Por otra parte, aparecía la imagen inquietante del ‘rebelde sin causa’ cuyo inconformismo no pasaba de ser una actitud estrictamente individual. (FEIXA, 1999, p.42).

Feixa (1999, p.43) distingue cinco factores de cambio fundamentales para comprender la emergencia de la juventud en la escena pública. a) el **Estado de bienestar**, que al ofrecer mayor seguridad social, plena ocupación y creciente capacidad adquisitiva posibilita mayores posibilidades educativas y de ocio permitiendo una base social para la juventud. b) la **crisis de la autoridad patriarcal**, la cual amplía las esferas de libertad de los jóvenes, c) el nacimiento del Teenage Marquet, que ofrece por primera vez un espacio de consumo dirigido

³ “las imágenes del adolescente inocente y del violento delincuente juvenil formaron una inseparable dialéctica histórica durante la mayor parte de esta época. [...] La noción de un estadio de la vida libre de responsabilidades era, para una civilización turbada, su sueño escapista; la visión de la degeneración de los jóvenes su pesadilla recurrente. Con el objeto de hacer realidad este sueño, impusieron a los jóvenes un conformismo y una dependencia que para muchos era inaceptable (GULLIS apud FEIXA, 1999, p.40).

a los jóvenes, el cual se va convirtiendo en un sector con cada vez mayor capacidad adquisitiva. d) **emergencia de los medios de comunicación de masas**, que permitió la creación de una cultura juvenil que trasciende las fronteras, y e) el “proceso de **modernización en el plano de los usos y costumbres**”, que fue sustituyendo la moral puritana dominante desde los orígenes del capitalismo, siendo sustituida por una moral consumista más laxa.

En los años 60 y 70 los jóvenes ocupan el escenario público, acontece según Feixa (1999) una brusca terminación de la era de la adolescencia. La reaparición del activismo político y el compromiso social durante los años 60 provocaron una mirada optimista respecto a la juventud, teóricos como Marcuse anunciarían la emergencia de la juventud como una nueva clase y para Margaret Mead, estaríamos frente a la emergencia de una cultura pos figurativa⁴. No tardó en verse que esto no era así, surgen nuevas dependencias económicas, familiares y escolares que se evidencian a partir del proceso de reestructuración socio económico que se produce a partir de los setenta.

La imagen de la juventud volvería a ser marcada por el conformismo social, la desmovilización política y el puritanismo. Las drogodependencias y las nuevas formas de violencia juvenil serían la punta del iceberg, en la base del cual se encontraba el crecimiento galopante del paro y la consiguiente demora en la inserción social. (FEIXA, 1999, p.45).

Realizamos este recorrido respecto a la Juventud, como forma de visualizar fenómenos como la violencia y la drogadicción no pueden ser atribuidos a la naturaleza de la juventud, sino a los contextos históricos que no sólo posibilitan emerger la idea de juventud, pero además a la carga de imágenes culturales y valoraciones en torno a ella.

Según Gramsci (apud FEIXA, 1999), estos contextos históricos producen la emergencia de “crisis de autoridad”, concepto vinculado al de hegemonía,

entendida como la capacidad de dirección ético – política ejercida más a través del consenso y del control ideológico que del uso de la fuerza, la hegemonía guarda gran relación con la cuestión juvenil: por una parte, la educación de las nuevas generaciones es fundamental en la reproducción de una obra hegemónica (y también en la articulación de proyectos contra hegemónicos) por otra parte, los jóvenes juegan un papel relevante

⁴ Cultura en la que “los hijos empezaban a reemplazar a los padres como depositarios de la tradición cultural y como herederos del futuro” (FEIXA, 1999, p.44).

como paradigmas de la “crisis de autoridad” que en realidad ponen de manifiesto “crisis de hegemonía”. (FEIXA, 1999, p.60)⁵.

Para analizar las culturas juveniles es preciso considerar que las mismas se configuran de acuerdo a las condiciones sociales que operan en ese lugar y momento histórico, así como los atributos ideológicos y simbólicos que le son asignados en el plano de las imágenes culturales. En lo que refiere a las condiciones sociales, debemos considerar los elementos que provienen de las identidades generacionales⁶, de género⁷, de clase⁸, etnia y los aspectos referidos al territorio⁹. A partir de estos elementos, las culturas producen determinados atributos que se traducen en estilos de vida que combinan elementos materiales e inmateriales diversos observables en la moda, la música, el lenguaje y demás prácticas culturales.

Condiciones sociales y atributos ideológicos y simbólicos están claramente presentes cuando consideramos el análisis de la juventud, las drogas y la violencia, como veíamos esta triada, está claramente asociada a jóvenes, de los sectores más desfavorecidos de la sociedad, generalmente varones y fundamentalmente de los sectores urbanos (condiciones sociales), asociación que se sostiene en atribuciones de sentido ideológicas y simbólicas que es necesario desnaturalizar.

⁵ “La crisis consiste en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer, en este interregno se verifican los fenómenos patológicos más variados [...] A este párrafo han de vincularse algunas observaciones hechas sobre la llamada “cuestión de los jóvenes” determinada por la “crisis de autoridad” de las viejas generaciones dirigentes y por el impedimento mecánico que se ejerce sobre quienes podrían dirigir para que desarrollen esa misión” (GRAMSCI apud FEIXA, 1999, p.61).

⁶ El termino generación refiera a condiciones históricas, políticas, sociales, tecnológicas y culturales de una época, la generación habla de la edad pero no desde la biología sino en el plano de la historia, “cada nueva generación construye nuevas estructuras de sentido e integra con nuevas significaciones los códigos preexistentes” (MARGULIS, 2001, p.47). Clase y generación se intersectan, en cada clase conviven varias generaciones, la generación permanece, la juventud es tan solo uno de sus estadios.

⁷ La edad no afecta de igual manera a hombres y mujeres, no solo por factores de tipo cultural sino también elementos biológicos, la posibilidad de la maternidad impone a las mujeres tiempos relativos a los ciclos de la reproducción los cuales no se imponen de igual manera en las diferentes clases sociales. Entre las mujeres de clase popular persiste con mayor peso que en otros sectores sociales un imaginario que impone la maternidad como mandato y la exalta como su modo de realización personal.

⁸ Uno de los elementos que claramente determina las culturas juveniles es el lugar que ocupan en el espacio social, los jóvenes tienen diferentes oportunidades educativas, itinerarios laborales, problemas urbanísticos, espacios de ocio, etc.

⁹ La conjunción de juventud, violencia y drogas refieren a una imagen de juventud fundamentalmente urbana.

Acerca de las “drogas” y la violencia

Definamos primero qué entendemos por “droga”, para la Organización Mundial de la Salud, una “droga” es “toda sustancia que, introducida en el organismo por cualquier vía de **administración**, produce una alteración, de algún modo, del natural funcionamiento del **sistema nervioso** central del **individuo** y es, además, susceptible de crear dependencia, ya sea psicológica, física o ambas”.

A partir de esta definición, vemos que son innumerables las sustancias que pueden ser incluidas bajo esta denominación, y que su consumo se extiende a toda la sociedad e involucra todos los tramos etarios. Sin embargo, cuando hablamos de “drogas” nos referimos en general a sustancias que actúan sobre el sistema nervioso central modificando el comportamiento y en la medida que se abuse de las mismas, genera peligro para la persona y/o su entorno. El problema radica fundamentalmente en el abuso de la sustancia y en el riesgo de la dependencia. “Cuando se habla de abuso de drogas, generalmente se alude a la autoadministración de alguna sustancia que se aparta de las costumbres sociales aprobadas dentro de una cultura” (FERNANDEZ ROMAR, 2000, p.16).

La consideración de abuso está sujeta a consideraciones culturales y por tanto difieren en cada momento histórico y en cada cultura. Lo mismo ocurre con la valoración respecto a la legalidad o ilegalidad de las drogas. Hay culturas que condenan con mayor severidad el consumo de alcohol que el de cannabis, mientras que nuestra cultura considera aceptable el consumo de alcohol y de tabaco, ya el cannabis se encuentra en la ilegalidad.

En realidad, la mayoría de los consumidores de sustancias legales o ilegales se encuentran perfectamente integrados a la sociedad, no configuran una subcultura y no son criminalizados por sus elecciones de consumo,

El sector marginal de la población que consume drogas sería el único al que podría reconocérsele caracteres subculturales, siendo además el chivo expiatorio que carga con las presuntas “culpas” del resto de los consumidores de la sociedad, y a su vez, el receptor del control punitivo. (SILVA APUD FERNANDEZ ROMAR, 2000, p.21).

Si bien, el argumento que se sostiene para considerar la legalidad o ilegalidad de una sustancia deviene generalmente de la consideración respecto al perjuicio que puede provocar a la salud, es claro que no es ese el factor determinante, ya que existen sustancias prohibidas que son menos perjudiciales que algunas legales.

La frontera legal entre las sustancias lícitas y las que no lo son no ha respondido nunca a una lógica científica clara que justifique su prohibición

sino al fervor moralizante de ‘cruzados reformadores’ de la legalidad y a un complejo juego de intereses económicos. (FERNANDEZ ROMAR, 2000, p.18).

A la hora de comprender esta problemática y centrándonos ya en las sustancias ilegales, creemos pertinente considerar dos ejes complementarios:

- **La oferta:** refiere al narcotráfico, y los sectores que la producen cuyo abordaje y control es responsabilidad del Estado y que sabemos existen intereses económicos de gran magnitud.

A nivel planetario se calcula que el narcotráfico moviliza a una masa monetaria que rodea los 600 mil millones de dólares, cifra que supera al dinero movilizadado por la industria petrolera y algo menor al de la industria bélica. (FERNANDEZ ROMAR, 2001, p.15).

Uno de los elementos fundamentales para conservar el valor agregado a la sustancia radica justamente en la ilegalidad.

- **Y la demanda,** donde se encuentra en forma potencial toda la comunidad, cualquiera puede acceder a este tipo de sustancias y de hecho acceden, no obstante, como vimos, existen sectores de mayor vulnerabilidad frente al posible abuso, entre los cuales se encuentran los jóvenes en general. Y nuevamente nos encontramos con la necesidad de realizar distinciones de clase, ya que los más favorecidos acceden a mejores sustancias y a consumos más cuidados y que en general se produce en la intimidad; no entanto, los más pobres acceden a las peores y con menores posibilidades de cuidado y que se torna socialmente visible, y por ende pasible de ser criminalizado. También creemos que existen diferencias en relación al género, respecto al tipo de consumo y a las posibilidades de salida.¹⁰

Si observamos las **condiciones sociales**, los jóvenes de los sectores más pobres no tienen posibilidad, y lo saben, de incorporarse al mercado laboral, provienen de familias en las cuales hace 3 ó 4 generaciones que no existe un miembro incluido en el mercado de trabajo formal, saben entonces que no hay un lugar para ellos allí. Tampoco están integrados al sistema de educación formal, este sistema hace rato los expulsó y además no ofrece

¹⁰ Hemos constatado que en la emergencia del hospital psiquiátrico (Hospital Vilardebó) ingresan para desintoxicación de cada 9 varones 1 sola mujer. Suponemos que esto tiene que ver con que las mujeres logran establecer estrategias de consumo diferentes y estrategias de salida del mismo que pensamos están relacionadas con la posibilidad de un proyecto de vida vinculado a la maternidad.

posibilidades reales de ascenso social como lo hacía en los años 50 ó 60. Estos jóvenes tienen, entonces, mucho tiempo disponible, tiempo no ocupado por tareas sistemáticas.

La noción de “tiempo libre” como aquella que se opone al tiempo de trabajo, es el tiempo libre legítimo, avalado por la sociedad como contraparte del trabajo o estudio, ese es un tiempo para el goce y disfrute; pero el tiempo libre del no lugar, del desempleo, es un tiempo sin rumbo, un tiempo penoso de la exclusión y el desprecio hacia sus posibilidades y potencial (MARGULIS, 2001).

A su vez, estamos en un momento de exacerbación del consumo y parece que el éxito y las cualidades de los individuos se miden por lo que se tiene en términos materiales (celulares, ropas de marca, etc.); los objetos de consumo se presentan como prometedores de una satisfacción, de una felicidad que dejaría al sujeto pleno si logra acceder a tenerlos. El tener reemplaza el ser, de alguna manera ellos se proveen de lo que la sociedad les niega y les exige a la vez.

Es muy difícil para estos jóvenes encontrar un escenario válido que se sientan protagonistas, en un mundo donde ya no cabe la espera, en que la tecnología desplaza rápidamente lo nuevo por lo ultranuevo. En una sociedad en la cual se ha fisurado el tejido social.

La emergencia de este fenómeno no deviene de personalidades defectuosas, son un producto de la sociedad, el triunfo de los valores individuales y la justificación definitiva del mercado en tanto regulador supremo de la vida social.

Creemos que estos elementos favorecen respuestas violentas de los jóvenes que, sin lugar a dudas, están siendo profundamente violentados por la sociedad en su conjunto y favorece también el uso de sustancias psicoactivas que en el caso de los sectores más pobres acceden en general a aquellas sustancias de menor calidad, y que por ello, son las que producen mayor daño y deterioro.

La sustancia a la que hacemos referencias es, en este momento, la **pasta base de cocaína** sustancia de un importante poder adictivo y que genera un rápido deterioro psicofísico en quienes la consumen, y especialmente, si ya partimos de organismos con déficit nutricionales y bajos niveles de instrucción.

Esta sustancia produce además importantes grados de violencia porque su abstinencia genera un monto de angustia absolutamente intolerable, ello lleva a que frente a la falta de sustancia sean capaces de cualquier acto incluso frente a sus propias familias. Aunque

[...] la delincuencia asociada a las actividades desesperadas de un adicto no solo obedecen a la naturaleza de su vicio (su responsabilidad es

incuestionable) sino a la ilegalidad que rodea a esa sustancia, que eleva desmedidamente su precio, y que vincula su comercialización con las mafias, y comprometiendo la vida de los adictos por el riesgo de las adulteraciones. (FERNANDEZ ROMAR, 2000, p.18).

Se ha generado además un mercado en torno a la venta de la sustancia y de las cosas que se comercializan a través de la misma (objetos obtenidos mediante el robo y que “transan” por sustancia) que se convirtió en la fuente de subsistencia de las familias de los sectores más pobres, las mismas familias de los consumidores, ellos son el último eslabón de la comercialización.

[...] La opción por el consumo de determinadas sustancias que hace menos de un siglo configuraban un dilema individual (consumir o no consumir opio, haschich, etc) y que eventualmente podría ser entendido como un problema personal de salud se convirtió en décadas después en un problema sanitario general y terminó deviniendo en un problema de Seguridad Nacional, adquiriendo una inusitada dimensión geopolítica. (FERNANDEZ ROMAR, 2001, p.11-12).

Así es que adquiere esta dimensión, fundamentalmente, porque sus manifestaciones se tornaron visibles, colocaron las consecuencias de este consumo en la sociedad toda generando una gran incomodidad a quienes, supuestamente, están por fuera de este problema.

Conforme las reflexiones mencionadas, observamos que este fenómeno es un emergente de una cuestión más profunda. Sostenemos que es un grito que nos habla de dolor, del “**no lugar**”, de falta de oportunidades de encontrar un lugar en esta sociedad y de mucha soledad. Es por eso, que consideramos primordial complejizar nuestra mirada y trascender el fenómeno para comprenderlo en todas sus dimensiones. Esto nos permite, conocer sus límites y posibilidades a la hora de intervenir y también desculpabilizar a las personas atrapadas en este problema.

Bibliografía

BOURDIEU, P. La juventud no es más que una palabra. En: **Sociología e cultura**. México: Grijalbo/CNCA, 1990.

FEIXA, C. **De jóvenes, bandas y tribus**: antropología de la juventud. Barcelona: Ed. Ariel, 1999.

FERNANDEZ ROMAR, J. E. **El holograma de las drogas**. Montevideo: Ed Nordan, 2000.

_____. **Los fármacos malditos**. Montevideo: Nordan, 2001.

FILARDO, V. **Las marcas de clase de la inseguridad ciudadana: juventud y pobreza.** Montevideo: FCS U del R. Mimeo sin editar, 2007.

DUARTE, K. ¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes en nuestro continente. En: BURAK, Solum Donas. **Adolescencia y juventud en América Latina.** Solum Donas Burak. Libro Universitario Regional (EULAC.GTZ) Costa Rica. p. 57-74

MARGULIS, M. Juventud: una aproximación conceptual. En: BURAK, Solum Donas. **Adolescencia y juventud en América Latina.** Costa Rica: Libro Universitario Regional (EULAC.GTZ), 2001. p 41-56.

ROLDÁN, C. Adicciones: un nuevo desafío. En: BURAK, Solum Donas. **Adolescencia y juventud en América Latina.** Libro Universitario Regional (EULAC.GTZ) Costa Rica. p 447-467.